

La hermosa carne: el cuerpo en la poesía puertorriqueña actual

Juan Pablo Rivera

reseñado por

Alberto Martínez-Márquez

Universidad de Puerto Rico en Aguadilla

Rivera, Juan Pablo. *La hermosa carne: el cuerpo en la poesía puertorriqueña actual*. Madrid: Iberoamericana Vervuet, 2001. 222 pp. ISBN 978-84-9192-203-2.

Un estudio de poesía siempre es un acontecimiento. Lo es más cuando se trata de poesía puertorriqueña actual. En los pasados diez años, se ha publicado un puñado de buenos libros que pueden ser contados con una mano. La hermosa carne de Juan Pablo Rivera no es un texto más sobre la poesía boricua. Se trata de un trabajo concienzudo y hermenéuticamente elocuente que desentraña la metáfora del cuerpo y sus implicaciones estético-filosóficas y performativas en nueve poetas de la isla y de la diáspora. Algunos de los cuales se han convertido en referentes obligados de la poesía contemporánea de la isla. Éstos son: Mayra Santos Febres, María Luisa Arroyo Cruzado, Peggy López Alvarado, Carlos Vázquez Cruz, Lilliana Ramos Collado, Julio César Pol, Jeannette Becerra, Mayda Colón y Eduardo Lalo. El libro está dividido en dos partes: “Demarcaciones,” la primera, y “Espectralidades,” la segunda.

La importancia del análisis de Rivera radica, principalmente, en su interés de rebasar el canon institucional, que ha entronizado, durante todo este tiempo, una visión patriarcal y heteronormativa. De esta manera, la exégesis de Rivera se asienta sobre otras bases teóricas alternativas y emergentes que traen a la palestra la temática de la carnalidad femenina y negra (Santos), el mentís a la misoginia (Arroyo Cruzado y López Alvarado), la celebración de la obesidad (Pol), el desmonte de las simbologías corporales dominantes (Vázquez Cruz, Ramos Collado, Becerra), la corporeidad queer y bisexual (Colón) y el cuerpo que habita la necrópolis (Lalo). Siguiendo a David Hillman y a Ulrika Maude, en su introducción a *The Cambridge Companion of Literature and the Body*, Rivera reconoce que el cuerpo material no puede concretizarse mediante la escritura sino más bien, sino representarlo en a través de la performatividad poemática. Este llamado a la “acción” no es una mera prise-de-conscience, al estilo de la poesía comprometida. La potencialidad

del poema, entiende Rivera, es suficientemente transgresora cuando se confronta con las metanarrativas tradicionales y hegemónicas sobre el cuerpo.

De aquí se colige, por un lado, una nueva epistemología del cuerpo en tanto y en cuanto responda a las nuevas subjetividades, y, por el otro, una praxis alterna que permita hacer del poema un agente destructor del acto de instituir. En este libro, Rivera enfatiza lo primero y atisba a lo segundo. Es por esto que hay tres capítulos que me parecen medulares en este magnífico estudio. Me refiero a los que dedica a Julio César Pol (que son dos; uno en cada sección del libro) y a Lilliana Ramos Collado y Carlos Vázquez.

En el tercer capítulo, “Estrategias queer en la lírica puertorriqueña actual: *Ares* de Carlos Vázquez Cruz y *Últimos poemas de la rosa* de Lilliana Ramos Collado”. Rivera utiliza el término *encuirar*, como rasgo distintivo de las dos poéticas a las que alude en este capítulo. “Encuirar” suena a “encuerar” (dejar en cueros, desnudar). Para Rivera, encuirar:

[...] se relaciona, sin embargo, con la misma idea de desnudar, de revelar y volver vulnerable, de remover el peso de la prescripción social que es la ropa, de quitar disfraces y capas de significado para develar lo presuntamente esencial, que no es sino nuestro más íntimo ropaje, la piel. AL tratarse de un neologismo translingüe, también puede devolverse a su origen en el inglés y asociarse con “inquiry” (encuarar/inquirir), lo que coloca al crítico literario en una posición a la que ya está acostumbrado, la de un detective o investigador que ofrece más preguntas que respuestas, que husmea y sigue pistas y que, dada la naturaleza esquiva del lenguaje, reconoce, como [Lilliana] Ramos [Collado] con respecto a la rosa, la futilidad de su labor, lo pasajero de cada interpretación. (80)

Lo que Rivera define aquí, recuerda a la operación de transcodificación (*transcoding*), remite el crítico marxista estadounidense Fredric Jameson en su afamado libro *The Political Unconscious: Narrative as a Socially Symbolic Act* (1981): “The invention of a set of terms, the strategic choice of a particular code or language, such that the same terminology can be used to analyze and articulate two quite distinct types of objects or ‘text’” (40). Esta transcodificación es lo que permite que Carlos Vázquez Cruz encuire los símbolos locales, para trastocar las relaciones entre cuerpo e identidad nacional y así efectuar una defamiliarización que permita un reposicionamiento del sujeto (85). De igual manera, Lilliana Ramos Collado hace de su encuiramiento una alteración de la poesía mística, con el fin de reclamar para gays y lesbianas los espacios negados por la tradición heteropatriarcal.

En el capítulo IV, “¡Arriba los gordos! *Mardi Gras* de Julio César Pol,” Rivera enfatiza una poética anti-discriminatoria que destrona la mirada y coloca el cuerpo obeso en su lugar. Julio César Pol asume la voluptuosidad del cuerpo como el *topos* que marca “las cicatrices que testamentan el sufrimiento, la supervivencia y la victoria” (115). Esta reinscripción física, como atinadamente indica Rivera, permite también el ensanchamiento del corpus poético puertorriqueño (119). La segunda sección “Espectralidades” inicia con el capítulo V: “Libranos, Señor, del infierno *Sísifo* y el *Ala psiquiátrica* de Julio César Pol.” El cuerpo se enfrenta a dos espacios que intentan regimentarlo, domesticarlo: la oficina y el sanatorio. De lo celebratorio del cuerpo en *Mardi Gras*, con todo y sus tabúes, Pol se desplaza hacia una poética situacional, en el sentido sartriano, que no es otra cosa que el

posicionamiento que acarrea todo lo que es un sujeto y lo permite catapultarse hacia la libertad. Frente a estos entornos deshumanizadores, la poesía es un arma que potencia la individuación.

Con *La hermosa carne*, Juan Pablo Rivera, abre a un debate necesario sobre el cuerpo y su impronta cultural, al mismo tiempo que da cuenta de los nuevos actores sociales que se representan en la poesía y que exigen nuevos derroteros críticos para aprender mejor.